



LA verdad habla mediante el engaño. Cuando apago la luz dejo que los ensueños se insinúen y rasguen el velo de la conciencia, me dejo arrastrar por sus asociaciones, observo cómo crecen y se ramifican las imágenes, siento pequeños temblores y sacudidas. Entonces, como el guerrero duerme junto a su lanza, saco de entre las sábanas un cuaderno donde registrar esas fabulaciones, convencido de que la razón onírica es al fin y a la postre legítima razón.

Y ustedes se preguntarán cómo lo hago. En primer lugar dejo que el sueño tome sus propias decisiones: cuándo dar paso al episodio consciente, qué pensamientos de la vigilia descartar o cuáles necesitan ser reformulados. A veces las ideas pugnan por concretarse, otras se quedan revoloteando sin querer salir. Ese tránsito del sueño a la vigilia no siempre es fácil. Estando todavía en el lecho me asaltan tantos pensamientos que necesito toda la mañana para ordenarlos. A veces me parece que la vigilia también es un sueño, con un paisaje más estable, donde sólo cambia la luz, donde puedo desplazarme o viajar, donde desfilan los árboles o las personas, donde ver es adivinar pero también recordar.

Quienes ven en el sueño una muerte transitoria desconocen los tesoros que oculta. En el sueño se fragua la energía de la vida. Ved cómo crece el recién nacido mientras duerme, cómo reconoce lo que vio. No viene de la nada, visita lugares en los que ya ha estado. A veces me pregunto si los astros no serán sueños de sí mismos, que era tras era re-

corren hipnotizados un círculo que alberga la verdad en el centro.

Hay tanta razón en los sueños como sueños en la razón. Detecto en ellos cierta coherencia y cierta impertinencia. Una coherencia de extraordinaria singularidad, como si fuera un código secreto que sólo uno mismo puede entender. No es fácil vivir simultáneamente en el lado de la realidad y en el lado de los sueños, provoca alucinaciones, pero debo acostumbrarme, la razón suficiente así lo exige. Durante la vigilia vivo en ciertos lugares con ciertos tipos de personas, en el sueño en otros lugares y con otras personas. A veces los personajes pasan de un lado a otro del escenario o cambian de máscara, otras vienen del futuro. Hago planes en sueños que cumpla en la vigilia, hago planes en la vigilia que desbaratan los sueños. Ah, una última cosa, el tiempo no dura igual y tampoco el espacio mide lo mismo. Las geometrías se encogen o estiran, lo cercano resulta inalcanzable, lo lejano, próximo. No encuentro algunos objetos que tengo a mano en la vigilia, pero no son mundos incomunicados, se hacen guiños.

Sorprende el juego del sueño con la identidad, el baile de máscaras. Entro en mi habitación y veo a la Sofía Carlota sentada en mi cama, pero sé, sin género de dudas, que se trata de Daniel Crafft. He llegado a ver al arzobispo de Maguncia vestido a la manera inglesa de Oldenburg. Un sueño se me repite: voy a perder un barco. Corro decidido hacia el embarcadero pero me tropiezo con obstáculos interminables, o empeños que me distraen, un encargo del elector, conversaciones inútiles o ineludibles, una parálisis de las piernas. Quiero avanzar y no puedo. En esos momentos de zozobra puedo abandonar incluso mi propósito de embarcar, pero no la angustia que siento.



ESBOZARÉ un breve autorretrato y algunos rasgos de mi carácter. Mi vida no ha trascendido en el silencio de los claustros. He dejado escrito que poder elegir no libera y que todo posible exige existir. La contradicción es imposible en la naturaleza. He llegado a la conclusión de que la materia prima del mundo no son los átomos sino el apetito y la percepción. Y que las singularidades donde se alojan son inmateriales, aunque siempre acompañan a los cuerpos. Esto lo explicaré más adelante, pero se me entenderá si digo que toda presencia visible, la mía o la de cualquier otro, es manifestación de una presencia imperceptible, que es una combinación de hambre y de perspectiva o modo de ver.

Tengo para mí que la mayoría de las filosofías aciertan en lo que afirman y yerran en lo que niegan. Pero esto también lo explicaré más adelante. Respecto a mi cuerpo, soy de estatura mediana, cabeza voluminosa y pelo negro. Ojos pequeños y penetrantes. Mi torso es más bien lampiño y con poca propensión a transpirar. Mis pies son demasiado largos y en mis manos se cruzan innumerables arrugas. Mis dedos son excesivamente delgados en relación al tamaño del cuerpo. Mi voz es delgada, más limpia y clara que fuerte, pero me cuesta pronunciar las guturales y la “f”. Mis pulmones son débiles, mi hígado seco y cálido. Por ser corto de vista, carezco de una viva imaginación. Desde pequeño mi vista no fue demasiado buena y cuando leo, prefiero la letra pequeña a la grande. Cuando escribo, lo hago con trazos me-

nudos. Tengo las piernas arqueadas, las espaldas anchas, aunque acostumbro a andar cargado de hombros y con la cabeza gacha. De constitución robusta, como copiosamente y bebo poco. Cuando almuerzo fuera echo agua en el vino pues de lo contrario me produce acidez. En casa lo mezclo con jugo de cerezas hervido con azúcar. Mi bebida predilecta es el café. Dado que nunca he tenido familia, la hora de comer carece de toda significación para mí y no reservo a este propósito ningún horario determinado. Generalmente almuerzo solo y me hago traer la comida de un restaurante. Cuando sufro ataques de gota me privo del almuerzo y sólo bebo unos tragos de leche. Por la noche, en cambio, ceno copiosamente y me voy a dormir, pues mi estómago digiere mejor en el sueño que en la vigilia. Prefiero trabajar de noche antes que estudiar de mañana y suelo acostarme tarde. Mi sueño es profundo e ininterrumpido.

Jamás he padecido enfermedad digna de mención, excepto algún mareo. Viajo constantemente para descubrir cuanta novedad me sea posible y para visitar autoridades y hombres de ciencia. Parto siempre en domingo o día festivo y en el camino aprovecho para redactar mis ensayos, de ahí que mi letra sea de difícil lectura. Me gusta conversar con los soldados, los cortesanos, los hombres de estado y los artistas como si fuera uno más de la profesión. De todos hay algo bueno que decir. Soy indulgente con mis enemigos y trato de ver todo desde su mejor perspectiva (luego explicaré por qué).

Leo mucho y lo resumo todo. Consigno en hojas pequeñas mis reflexiones sobre todo libro notable que cae en mis manos. Después me desentiendo de ellas y las destino a un armario especial que tengo en mi biblioteca. No las vuelvo a leer, pero las recuerdo cuando se suscita la ocasión de aprovecharlas. Mi memoria es poderosa, desde niño aprendí pa-

sajes de los poetas antiguos, particularmente de Virgilio. Siento un vivo interés (que a veces no puedo dominar) por todas las cuestiones de orden intelectual y cuando me entero de que alguien ha realizado un nuevo descubrimiento no descanso hasta ser debidamente informado. La correspondencia me ocupa la mayor parte del tiempo. Redacto y copio las cartas incluso hasta tres veces antes de despacharlas. Mi mayor defecto es la obstinación y tengo cierta propensión a la cólera, aunque me calmo rápidamente.

Me gustan los dulces y como dije suelo mezclar el vino con azúcar. También me gustan los perfumes tonificantes y estoy convencido de que reaniman el espíritu (lo he comprobado con la duquesa Sofía). No suelo tener tos y raramente estornudo. No sufro de catarros y es difícil que arroje flemas (aunque escupo con frecuencia).

Siempre he llevado una vida sedentaria. En mi primera juventud leí mucho y reflexioné aún más. Fui autodidacta y deseaba penetrar en todo. No era demasiado propenso a la conversación, prefería la meditación y la lectura solitaria. Sin embargo, me gustan más las pláticas amenas y divertidas que los juegos o el ejercicio. Fui universitario, pero pronto advertí los tejemanejes de los profesores, que junto a la seguridad inyectan la ruina del espíritu. Abandoné la academia y me dediqué a viajar por el extranjero y a estudiar matemáticas, pensando que no era digno de un joven fijarse como un clavo a un lugar determinado. Nunca estuve demasiado triste ni demasiado alegre y aunque era tímido para iniciar proyectos, fui audaz en continuarlos. No me resulta difícil improvisar discursos y los que me conocen dicen que no carezco de invención. A veces temo que una enfermedad aguda o constitutiva me arranque de esta vida debido al estudio incesante.